

el general insurrecto lo llamaba *un mal cantante*. Vindex reunió un fuerte ejército de galos y llamó en su auxilio á Galba, antiguo soldado de noble alcurnia que se habia ocultado, digámoslo así, á las miradas recelosas de Neron en su gobierno de España. Hombre ambicioso pero frio, no acudió al primer llamamiento de Vindex, mas comprendiendo que la lucha era inevitable se preparó á aprovechar la oportunidad. Como Galba, despues de muerto Corbulon, era el hombre más respetado del ejército, á él dirigieron los ojos todos los que ansiaban derribar á Neron, y entre ellos estaba un antiguo compañero de placeres del tirano. Othon, el marido repudiado de Poppea, que accedía en el gobierno de otra de las provincias españolas, el momento propicio de satisfacer sus rencores.

Mientras Neron perdía el tiempo en proyectos extravagantes y en lamentaciones imbéciles en Roma, los acontecimientos se precipitaban en las Galias. Es verdad que Verginius Rufus, con las legiones de la alta Germania, habia marchado en auxilio de Lyon, sitiada por los eduos y los secuanos, y cerca de Besanzon, habia derrotado á Vindex, que pereció en el combate; pero el vencedor vacilaba ya. Galba, entretanto, se habia sublevado en España, proclamándose emperador. Fonteius Capito hacia lo mismo en Iliria, Clodius Macer en Africa seguía igual camino y detenía las remisiones de trigo que alimentaban á Roma, y solo Vespasiano, que estaba encargado de sofocar una terrible rebelion de los judíos, permanecía en expectativa; inútil es decir que todos los rebeldes invocaban la autoridad del Senado, á cuyo prestigio bastaba la tradicion.

El emperador, espantado con las noticias que le llegaban de todas partes, rodeado de un pueblo hambriento y se-

guro de la defeccion de los pretorianos, á quienes uno de los prefectos del pretorio, Ninfidius, habia sobornado con la promesa de un enorme donativo, se decidió á huir del palacio ya desierto. Se refugió en la *villa* de Faon, uno de sus libertos, y ahí, al saber que el Senado lo habia declarado enemigo público, se decidió á darse la muerte: «¿qué artista vá á perder el mundo?» exclamaba en medio de sus vacilaciones. Ya se acercaban los soldados encargados de prenderlo, cuando se clavó un punal en la garganta; su secretario Epafrodito, le ayudó á consumar el suicidio. Así acabó la dinastía fundada por César.

Muchos dudaron que Neron hubiese muerto, entre ellos el autor del Apocalipsis. Gracias á esto, algunos impostores tomaron su nombre é intentaron conmovier el imperio. Cosa singular! Neron fué durante varios siglos el emperador más popular entre los romanos, y su sepulcro tuvo flores durante mucho tiempo. «Es, dice Michelet, que estos emperadores aparecian siempre ante el pueblo como defensores de la humanidad; su barbarie solo habia herido á los grandes.»

*Tres Césares de aventura.*—Galba, Othon, Vitelio.—(68—69). El anciano Galba que al conocer la derrota de Vindex habia intentado suicidarse, pasó los Pirineos en cuanto supo la muerte de Neron y recibió en la Narbonesa á los diputados del Senado y el reconocimiento de Verginius. Ninfidius gobernaba entretanto en Roma y evidentemente buscaba un modo de apoderarse del imperio, pero los pretorianos lo mataron. Galba, despues de castigar severamente á las ciudades galas que habian permanecido fieles á Neron y de premiar á las que habian favorecido á Vindex, entró en Roma.

Afectó una gran austeridad de cos-

tumbres y sobre todo un amor á la economía que rayaba en avaricia; así es que aun cuando Fonteius Capito y Clodius Macer sus rivales, habian perecido y Vespasiano mandaba á su hijo Tito á prestar juramento al nuevo emperador, un disgusto sordo y tenaz dominaba entre los pretorianos, á quienes no se habia dado el donativo prometido y en una parte del ejército, p. e. en las legiones de la Germánica, que secrecian ultrajadas. Con todo, á pesar de su severidad, Galba se dejaba gobernar por Vinus, su lugarteniente en España, protector y suegro de Tigellinus, que vivió gracias á él, por su prefecto del pretorio Lacio, y por su liberto Icellus: los tres se disputaban aquella presa efimera.

Othon que se habia arruinado por Galba, necesitaba del imperio y creía que el anciano lo adoptaría. No fué así, sino que adoptó á Pison, especie de Caton que no ofreció ningun donativo á la tropa. Othon que tenia ya gran partido en los pretorianos los sublevó y Galba abandonado de todos fué muerto en una plaza pública de Roma, entre las oleadas del populacho aglomerado para presenciar el desenlace de la sedicion (Enero de 69). Así pereció despues de un reinado de siete meses este hombre «que fué superior á la condicion privada mientras permaneció en ella y que hubiera parecido siempre digno del imperio á no haber sido emperador.» (Tá-cito).

Othon se mostró desde los primeros momentos clemente y lleno de respeto por el Senado, á quien tuvo ocasion de proteger contra una terrible intentona de los pretorianos. No pudo impedir la satisfacion de algunas venganzas y algunas ejecuciones como la del impuro Tigellinus, pero inauguró bastante felizmente su reinado, aunque su excesiva condescendencia con los pretorianos, autores de su fortuna, hacia prever dias malos.

Othon no tuvo tiempo para nada: Galba habia puesto á la cabeza de las legiones de la baja Germania á un hombre dotado de los más brutales instintos y crasamente inepto, Vitellius, que habia pasado sus primeros años en Caprea al servicio de Tiberio: Vitellius fué adorado de los soldados, porque los dejaba hacer cuanto querian, verdadero esclavo de las legiones, no su general. Irritados profundamente contra Galba y dirigidas por dos ambiciosos, Valens y Cecinna, los ejércitos de la baja y del alta Germania proclamaron emperador á Vitellius, dirigiéndose á Italia, un cuerpo por el gran San Bernardo al mando de Cecinna, otro al mando de Valnes por el *Mont Cenís*, Vitelio debia seguirlos con el tercer cuerpo. Las Galias temblaron ante aquellos soldados indisciplinados y feroces que todo lo pillaban y que no arruinaron para siem pre las ciudades todas de las provincia gracias á los gruesos rescates que pagaban.

Othon habia logrado formar un ejército muy indisciplinado tambien, pero que debia reunirse á las invencibles legiones del Danubio, en donde figuraban generales como Suetonius Paulinus y Verginius. Los ejércitos se encontraron en la llanura del Pó y gracias á la condescendencia de Othon con los soldados, se libró la batalla, contra la opinion de Suetonio, cerca del campamento de Bedriac. Una parte del ejército othoniano fué vencido y el emperador que estaba en Bricellum (Brescia) resuelto á no continuar la guerra, se dió la muerte con una tranquilidad eotoniana; el ejército lloró amargamente á aquel valiente y muchos soldados se suicidaron de dolor (Abril 69.)

Cuando Vitelio llegó al campo de Bedriac cuarenta dias despues de la batalla, cuando estaba todavía el terreno lleno de cadáveres y hirió pronunciado

aquella célebre frase: el cadáver de un enemigo huele siempre bien, se apresuró á ocupar á Roma, con su ejército de bufones, de histriones, de cocheros y de cocineros sobre todo. En la capital llegó á tomar proporciones inauditas la orgía perpetua en que vivía; su pasión era la gula: inventaba platos monstruos, se hacía convidar á varios festines en el mismo día, y usando del sistema de vomitar despues de cada comida, llegaba á ingurgitar en un solo día una cantidad increíble de manjares. Tal era su voracidad que en los sacrificios se lanzaba sobre las viandas y los pasteles que los sacerdotes hacían cocer. El pueblo idolatraba á aquel cerdo en quien veía una especie de encarnación suya, y preciso es confesar que en el corto tiempo que reinó el gloton imperial hubo pocas confiscaciones y ejecuciones. Entretanto Valens y Cecinna, ya rivales, y el último dispuesto á traicionar, gobernaban en Roma, en medio de la más completa indisciplina de las tropas. España estaba á punto de sublevarse, las Galias, las provincias danubianas estaban hondamente conmovidas, lo mismo el Africa; los soldados de Othon esperaban el momento de vengarse y Vespasiano, que iba á emprender el sitio de Jerusalem era proclamado emperador en Alejandría. Las legiones de Judea, Muciano al frente de las legiones de Siria lo reconocieron también y éste se puso en marcha para reunirse á las legiones de Mesia y del Iliricum y penetrar en Italia, mientras Tito continuaba el sitio de Jerusalem y Vespasiano se trasladaba á Alejandría para aprovechar la marcha de los acontecimientos.

Antonius Primus con las legiones de Mesia y sin esperar á Muciano, pasó los Alpes. Los vitelianos, á quienes Cecinna había querido sublevar por Vespasiano, aprehenden á su jefe y se tras-

portan de las orillas del Adige á Cremona; mientras la insurrección cunde por todas partes, Antonio se apodera de las plazas fuertes de la comarca y la flota se subleva en Ravenna. Cerca de Cremona tuvo lugar un choque sangriento. Los vitelianos fueron vencidos y pidieron la paz. Para sellar la reconciliación aquella soldadesca desenfrenada, á la que se unían auxiliares bárbaros de casi todas las comarcas con que estaba el imperio en contacto, entraron á saco á aquella floreciente colonia de Cremona: no quedó de ella en pie, más que el templo de Meftis. Italia se estremeció de espanto.

Aquella multitud abigarrada de panonios, dálmatas, suevos, sirios, etc., tomó el camino de Roma. Valens había sido capturado y ejecutado en la Narbonesa, sublevada ya, lo mismo que la España y las Galias; Vitelio, que dormía sus enormes digestiones, quiso cerrar los pasos del Apenino, pero retrocedió al saber que el Sur de la península estaba en plena insurrección. Entonces empezó á entrar en arreglos con los oficiales de Vespasiano, que no querían exponer á Roma á un asalto de sus hordas, y el hermano de Vespasiano, Sabinus, y su hijo, el inquieto Domitianus, que estaban en Roma, se encargaron de las negociaciones. Vitelio quiso abdicar, pero el populacho y los germanos del pretorio lo obligaron dos veces á volver á Palacio, y sitiaron á Sabino en el Capitolio; el templo sagrado fué reducido á cenizas y Sabino capturado y muerto; Domiciano pudo salvarse. Al saber esto Antonio y Muciano, marcharon sobre Roma, tomaron á viva fuerza y sin dar cuartel el campo de los pretorianos, y penetraron en la ciudad, en donde se batieron algunos días en las calles. Por fin, Vitelio, que había intentado en vano escapar con su panadero y su cocinero, fué

sorprendido en el cuarto de un portero del palacio imperial, y de ahí llevado entre insultos á las gemonias, luego asesinado y arrojado con garfios al Tiber. La revolución estaba consumada y una nueva era se abría para Roma: Vespasiano iba á reinar.

LOS FLAVIOS.—*Vespasiano*. (69-79).—En los primeros años del reinado de Vespasiano concluyeron dos guerras que pudieron tener consecuencias desastrosas para el imperio, y que las hubieran tenido de seguro, á haberse prolongado la guerra civil: nos referimos á las guerras de los batavos y de los judíos.

Al frente de la insurrección de los primeros, cuyo centro estaba en la isla formada entre el Rhin, el Wa'hal y el Meuse, se puso Civilis, hombre de alta alcurnia, cuyo hermano había sido muerto de orden de Neron. Antonius Primus le había escrito al sublevarse en Pannonia contra Vitelio, que entretuviese á las legiones del Rhin, y él aprovechó la coyuntura para proclamar la independencia, llamando á ella á los galos y á los germanos. El estado de disolución en que se hallaba el ejército favoreció sus primeros movimientos; obtuvo serias ventajas contra las legiones, puso sitio á *Vetera Castra*, y aunque no la pudo tomar, si se apoderó de Gelb. Las noticias que llegaban de Italia, provocaron un movimiento entre los belgas: uno de sus jefes, Classicus, sedujo á los auxiliares y á las tropas romanas y hasta la guarnición de *Vetera* reconoció el nuevo imperio de las Galias; Civilis, que permaneció ageno á este movimiento, se valió de la ocasión para destruir pérfidamente á los defensores de *Castra* é incendiar su campamento; estaba vengado y esperó desde entonces el momento en que cumpliéndose los vaticinios de la profetiza germana Velleda, pudiera establecer sobre

el Rhin un gran imperio que comprendiera las Galias y las Germanias.

Ya la insurrección tomaba proporciones alarmantes cuando Cerialis pasó los Alpes; en un momento conquistó el valle del Rhin, acogió á las legiones infieles y deshizo el imperio de las Galias, tanto por la espada como por la política.—Un discurso que dirigió á los treviros, es un elocuente trozo de filosofía de la historia de Roma; terminaba con estas palabras: «Ochocientos años han sido necesarios y una fortuna y disciplina constantes para elevar ese coloso que no puede caer sin aplastar al mundo bajo sus ruinas; en consecuencia amad la paz y esa Roma,—que se dá igualmente á los vencedores que á los vencidos.» Civilis quiso seducir á Cerialis, y como no lo lograra, lo atacó y fué completamente vencido. Poco tiempo despues tuvo que refugiarse en su isla que intentó en vano conquistar Cerialis. La guerra terminó por un tratado, que dejaba en realidad independientes á los batavos.—Esto por lo menos había logrado Civilis.

La guerra de los judíos había empezado bajo Neron, el año de 66. Este pueblo singular poseído más que nunca de esperanza en el triunfo que Javeh le había prometido, más seguro que nunca de la eternidad de Jerusalem, á pesar de que pesaba sobre él la mole enorme del imperio romano, veía próxima la ruina del coloso y sabía á ciencia cierta que los tiempos mesiánicos habían llegado ya; multitud de impostores apellidándose Mesías ó Cristos arrastraban en pos suya grandes masas de pueblo, que parecían presa del delirio. Los cristianos á pesar de que vivían en derredor del templo y que con excepción de los discípulos de Pablo, cumplían con la ley mosaica, eran agenos á aquellos movimientos convulsivos del resto de la nación judía; para